



AMÉRICA LATINA, PUNTO CERO

*Alain Touraine **

E

n la historia del siglo XX hay pocos ejemplos de décadas que hayan sido tan negativas económicamente y positivas políticamente como ha sido esta última en América Latina.

La situación económica es bien conocida por todos. América Latina es un continente que en su conjunto ha progresado muy rápidamente durante el medio siglo que va de 1930 a 1980. Su tasa de crecimiento fue, durante ese período, muy superior a la europea y la norteamericana. No conoció el estancamiento, al contrario, quemó etapas rápidamente, industrializándose y urbanizándose a toda velocidad. A partir de los años 80, se produce un retroceso brutal. En solo diez años, el continente sufre un retraso de 15, 20, a veces hasta 30 años, según qué países y qué sectores. Algunos países estarán en la misma

* Sociólogo y escritor francés.

situación en la que estaban en el año 65 ó en el 70. El porcentaje de comercio mundial que corresponde a América Latina, que había aumentado entre 1930 y 1980, ha disminuido a partir de esta última fecha. Las desigualdades sociales también se han agrandado.

De forma paralela, se ha dado un proceso de desaparición de las dictaduras y hemos asistido a un esfuerzo real en favor de la democratización a escala continental.

Los europeos tuvimos durante los años 30 la experiencia de la gran crisis económica mundial, entre cuyas consecuencias figura el debilitamiento y, en algunos casos, la caída de las democracias, con la consiguiente aparición de regímenes de tipo nazi y fascista. La crisis económica produjo un retroceso político que colocó al mundo al borde del abismo.

Curiosamente, los latinoamericanos, en un período de crisis económica profunda, han conseguido realizar lo contrario, es decir, un proceso de democratización. Esto indica que la historia política y la económica siguen sin corresponderse en América Latina -y este es un dato permanente en la evolución del continente-.

La crisis económica

La crisis económica por la que atraviesa Latinoamérica es en realidad una crisis financiera, y no se trata de una crisis regional, sino mundial.

En muy pocos años todos hemos pasado de un sistema económico internacional en el que los recursos fluían del centro a la periferia, a un sistema inverso, en el que los recursos salen de la periferia y se acumulan en el centro.

Esto es consecuencia, en gran parte, del incremento del consumo en los países ricos del Norte y, de manera muy especial, del déficit creciente de Estados Unidos. El Estado y la sociedad norteamericana necesitan dinero, las

tasas de interés suben y esta subida es una de las causas primordiales del aumento de la deuda. Cuando esta alcanza una cuota por encima de la cual los países endeudados no pueden pagar, se abre una crisis financiera que obliga a estos países a reducir brutalmente sus importaciones para compensar los pagos externos.

Este es uno de los aspectos de la crisis total y definitiva del modelo económico-militar que había dominado América Latina hasta entonces. ¿Por qué? ¿Cuál fue aquel modelo?

El latinoamericano fue un modelo de dependencia de los capitales extranjeros, pero que en ocasiones conseguía repatriar una parte de estos capitales al continente y esta distribución de los recursos se realizaba a través del Estado. Esa fue su característica más notable durante y después de la II Guerra Mundial. Todo el dinero resultante de vender alimentos, minerales y material bélico a los aliados no fue utilizado para invertir en Latinoamérica, sino que fue redistribuido a través del Estado e hizo posible la aparición de una clase media urbana inmensa, dedicada a consumir por encima de las posibilidades de la región.

La otra cara de la moneda fue que, con algunas excepciones, no hubo apenas industrialización, ni surgieron actores económicos autónomos: empresarios, sindicalistas, ni siquiera intelectuales independientes del proceso político. Al lado de este enorme movimiento de participación urbana, hubo un movimiento de exclusión también enorme.

Por eso, cuando escribí mi libro sobre América Latina, le di como título en francés -y se mantuvo en portugués- *La palabra y la sangre*. La palabra significa el mundo de la participación; la sangre, el de la exclusión, que es también el de la represión. La característica de América Latina es la dualidad, resultante de no haber sabido nunca unir estos dos mundos.

En 1870 en Estados Unidos, en 1890 en Japón o en

Suecia existía esta misma dualidad, pero entre 30 y 50 años después esas sociedades eran mucho más homogéneas. Eso no sucedió nunca en América Latina, donde siempre se mantuvo e incluso se agrandó esa distancia entre la franja de población que participa en el juego mundial y la gente que está encerrada en lo que llamamos el sector informal, o marginal, o como queramos llamarlo.

Este era el modelo latinoamericano, un modelo fuerte, dinámico, injusto, frágil y básicamente dependiente de ese primer motor que era la llegada de recursos externos. A finales de los años 70 esa fuente de recursos desaparece brutalmente: el dinero, en lugar de fluir, se evapora, y el continente se desorganiza totalmente. Los problemas se acumulan, no sólo porque el peso de la deuda es muy grande, sino porque los actores económicos y sociales son pocos y existe un escaso interés por la producción. El caso extremo, por supuesto, es Argentina.

En Argentina, uno de los países más ricos del mundo al comienzo del siglo, país exportador y consumidor, la oligarquía exportadora era la clase dirigente, pero nunca llegó a convertirse en la clase industrializadora. El único gran industrializador fue un italiano.

Algo parecido sucedió en Chile que, en la década que siguió a la guerra, cuando poseía muchos recursos, en lugar de industrializarse se dedicó a reconstruir una falsa ciudad española, bonita, pero tal vez no la mejor forma de aprovechar los recursos de aquel período.

Las únicas dos excepciones fueron Brasil y México. Desde los años 30, Brasil tuvo una política industrializadora que canalizó a través de empresas públicas. En cuanto a México, pese a una brutal concentración de los ingresos y a una disminución de los salarios reales, se las arregló para crear un núcleo de industrialización a través de empresas no públicas, pero sí controladas por el sistema financiero.

En general, la dificultad principal de los países latinoamericanos ha sido el déficit de actores sociales.

Todo pasa a través del Estado y ese Estado tiene que dedicar la mayor parte de sus recursos a la redistribución para crear, como dicen los marxistas, una clase de apoyo, es decir, una clase media amplia que apoya un sistema económico que depende del extranjero y que no puede mantenerse por sus solas fuerzas, por lo que tiene que estar respaldada por un universo de consumidores. Y todo eso acompañado de una movilidad, de un ascenso social, de la difusión de la educación, de una cultura de masas muy importante, a veces en un clima democrático, como es el caso de Chile, otras veces sin este, pero sin grandes diferencias en cuanto a los procesos fundamentales de la sociedad.

La crisis política

¿Qué pasó? Pasó que finalmente, tras varias crisis, este movimiento urbano de consumo -ya que los campesinos están prácticamente fuera de juego- progresa más rápidamente que la creación de nuevos recursos, especialmente cuando no se alcanzó a crear una industria moderna. Ese fue el caso argentino por excelencia. La gente empuja para tener más bienes de consumo; entonces, los intereses de los exportadores son dañados y estos responden con un golpe militar para rechazar las demandas urbanas y defender, digamos, las vacas contra los hombres.

Y eso sucedió, finalmente, cuando el sistema antiguo empezó a perder su ímpetu, las demandas populares comenzaron a ejercer más y más presión en favor de la producción, pese a que los progresos realizados no fueron nulos, ni mucho menos, el consumo progresó mucho más de prisa. Eso se llama inflación, crisis política, a veces desorganización política profunda, golpe militar. Primero en Brasil, después en Argentina, después en Chile, Uruguay, de nuevo en Argentina...

Por desgracia, estos golpes militares tuvieron consecuencias dramáticas y por añadidura no resolvieron ningún problema. Cuando los regímenes autoritarios intentaron cambiar de política económica, pasar, por así

decirlo, de una economía volcada hacia adentro a una economía hacia afuera, produjeron una dualización todavía mayor de la sociedad, es decir, un aumento de las desigualdades sociales. La capacidad de desarrollo endógeno de estas sociedades disminuyó. Eso fue muy visible en casos como Venezuela, Argentina, Chile, cuya capacidad de producción industrial se retrajo durante este período, lo que indica por qué los regímenes autoritarios que se instalaron como consecuencia de la crisis desaparecieron algunos años después por sí solos sin oponer resistencia.

En ningún país latinoamericano hubo una sublevación popular que echara a los militares del poder. En realidad, los militares carecían de respuestas a la crisis económica y dejaron el poder de *motu proprio* por ese motivo. Especialmente en el caso de Brasil empezaron a irse a partir del 74: primero hubo una distensión, a continuación una apertura y por fin la democratización. En el caso de Uruguay fueron los militares quienes organizaron o aceptaron organizar un referéndum en el que fueron aparatosamente derrotados. El caso chileno fue mucho más complicado, porque el dictador se mantenía mucho más firmemente en el poder, pero es un hecho que la transición se realizó y no en forma de revancha...

Estamos, pues, en un momento definido por el agotamiento del antiguo sistema económico y político. Estamos, en cierta manera, en un punto cero. Yo no diría que América Latina ha vuelto a la democracia. Esta palabra me parece un tanto confusa. En primer lugar, el continente latinoamericano no ha vuelto a una situación anterior, sino que ha entrado en otra situación, en otra fase de su evolución. En segundo lugar, decir que ha entrado en la democracia me parece bastante exagerado. Yo diría que América Latina, en su conjunto, es ahora un continente políticamente libre. Desaparecieron, con algunas excepciones, las dictaduras, y ahora existe un sistema político libre. Tener elecciones libres es fundamental. No cabe la menor duda. Ahora bien, ¿es suficiente para poder hablar de democracia? Eso me parece dudoso. La prueba fundamental es saber si la participación activa en el producto social, en las decisiones políticas, en la cultura,

progresa o no. Al eliminar las dictaduras se hizo la mitad del camino, pero hasta la fecha no ha habido ningún progreso en cuanto a la disminución de las distancias sociales.

En el país más importante del continente, Brasil con o sin dictadura, cada año aumentan las desigualdades sociales. La fórmula «los ricos son cada vez más ricos y los pobres cada vez más pobres» sigue siendo más o menos adecuada. Es difícil considerar como democrático un sistema político que conduce a este resultado o no impide este resultado.

La vía populista

En el momento actual hay una cosa que está muy clara, y otras que permanecen oscuras. Lo que es muy claro es que no hay marcha atrás posible. En ningún país de Latinoamérica se habla de volver al sistema anterior. Las condiciones económicas internacionales que hacían posible aquel sistema ya no se dan hoy. El Estado no puede distribuir, tiene los bolsillos vacíos. Todos ellos. Ese camino es, por tanto, un camino cerrado. Ahora bien, ¿cuáles son los caminos que quedan abiertos?

Antes de intentar responder a esa pregunta es importante detenernos un momento para analizar esos esfuerzos que todavía hay para volver al sistema anterior. En una situación de crisis, la gente que pierde su trabajo, que pierde sus ingresos, ¿qué hace?, ¿qué puede hacer? Normalmente se dirige al Estado en demanda de ayuda. De ahí que en todos los países del continente existan demandas populistas muy fuertes.

Si un gobierno adopta la política de responder positivamente a las demandas populistas, está frito. Eso le sucedió al gobierno de Alan García en el Perú. Al comienzo, aquel gobierno despertó muchas esperanzas. Yo mismo las compartí, creyendo que, aunque adoptaba un discurso populista, no desarrollaría una política de ese tipo. Pero rápidamente evolucionó hacia una política de ese corte, tratando de responder a demandas perfectamen-

te normales, pero muy fuertes, a las que no se podía responder de manera positiva en una situación económica como la de los años 80.

En mi opinión existen tres caminos o tres soluciones abiertas. Cuando tenemos la capacidad de describir y entender estos caminos, estas políticas, entonces también deberíamos ser capaces de ver de qué modo los europeos, podemos intervenir en apoyo de una de estas soluciones.

El primer camino, el más normal, es el caos. El caos, como consecuencia de la presión de las demandas populistas en una situación en la cual la política populista es imposible. Eso significa inflación, o más bien hiperinflación, es decir, crisis radical. Uno de los casos mejor conocidos es el de Bolivia, donde se instrumentó una política populista a través de una central sindical que no era exactamente eso, sino algo básicamente político. En Bolivia, como en otros países, hubo ruptura, caos. En ciertos casos esto desemboca directamente en la violencia y la guerra civil.

El segundo camino es el del liberalismo en estado puro. En principio, el liberalismo implica asumir algo muy positivo, yo diría que indispensable, como es el hecho de que sin competitividad no hay posibilidad de desarrollo. En efecto, no existe la posibilidad de desarrollar un país con empresas no competitivas, demasiado protegidas y dirigidas de manera irracional. Sin embargo, el análisis no puede detenerse en esta constatación. Es obvio que entrar en el mercado mundial es hoy más difícil que hace veinte años.

¿Qué hicimos los europeos tras la crisis del 74?
¿Cómo tuvimos la capacidad de responder al aumento del precio del petróleo y de otras materias primas? La respuesta es: con un salto tecnológico muy grande. Nuestros Estados invirtieron mucho dinero en crear productos nuevos. Los años 80 fueron los años de la informática, la electrónica, los semiconductores. No fue una casualidad. La tecnología fue y es la respuesta del mundo industrializado a la crisis económica. Muchos países latinoamerica-

nos que se hallaban lo bastante cerca para participar en el juego, de repente se encontraron rezagados porque no se sabe cómo, digamos que jugando, las apuestas subieron brutalmente. El individuo que hasta entonces podía jugar con 100 dólares, ahora tenía que jugar con 1.000, y esa cantidad no la tenía. Entonces, fue cuando tuvimos que defender no nuestra agricultura, sino a nuestros agricultores, y tuvimos que rechazar productos que venían de países templados, tipo Argentina. Es decir, que nosotros, a base de proteccionismo y de progresos tecnológicos, creamos obstáculos grandes a la participación de países intermedios en el juego económico internacional.

En términos muy concretos, la política liberal significa que el tamaño del sector moderno disminuye, que la distancia entre este y el sector local y rezagado aumenta, y esa es la realidad visible del continente. En términos aproximativos, los marginales, los pobres, pasaron en diez años del 40 al 60 por ciento en ciudades que constituyen casos extremos: Cali, Barranquilla, Lima incluso. La proporción de gente que se halla fuera del sistema económico centralizado, trabajando en sectores de muy baja productividad, puede ser de hasta 80 por ciento, en el caso de Cali, en Colombia, por poner un ejemplo. Y es probable que represente más de la mitad de la población de la ciudad de México. En ciudades como Río, suponen una proporción elevada. Un continente que, a causa de su modelo de dependencia económica, ya tenía un sector moderno limitado, con una capacidad de difusión limitada, en el que existían grandes diferencias entre ricos y pobres, este continente entra en un período de aumento de la distancia entre clases sociales.

El narcotráfico como modelo económico

El ejemplo perfecto de la economía liberal en América Latina es el narcotráfico. En el mundo occidental, en el Norte, existe una gran demanda de drogas. Los latinoamericanos las producen a un costo muy bajo. Seguramente cuesta menos producir drogas en Bolivia que en Kansas o Illinois, o que en las terrazas de Nueva York, Londres o Madrid. Todo es muy racional. Un

experto de Naciones Unidas tendría que recomendar a Estados Unidos la producción y comercialización de la droga. Ahora bien, ¿cuál es la consecuencia de esta racionalidad económica? La concentración de los ingresos no en el 20 por ciento, sino en el 1 ó el 2 por ciento de la población de Latinoamérica, distancias sociales crecientes, ausencia de efectos industrializadores, fuga masiva de capitales. Eso significa que nos encontramos en una situación hipercolonial, en el sentido de que una minoría muy pequeña se incorpora al mundo de los ricos.

Existe una resistencia bastante fuerte a seguir este modelo, y cuando la gente tiene que votar, que elegir una política global, se niega a elegir este camino. Es lo que sucedió con Vargas Llosa. Sea cierto o no, su nombre fue identificado con una política puramente liberal. Pocas semanas después de las medidas tomadas por Collor en Brasil, los peruanos se asustaron, y votaron por Fujimori. Votaron por Fujimori como todo el mundo, como toda América. En el momento actual, en casi todos los países de América Latina asistimos al triunfo de la misma política, una política populista con orientaciones liberales. En casi todas partes resultaron elegidos políticos populistas que hicieron una política antipopulista. Es el caso de Ménem en Argentina, de Collor en Brasil, de Carlos Andrés Pérez en Venezuela, de Salinas, aunque de forma bastante especial, en el caso de México. Porque en México es un presidente progresista quien gobierna, y el PRI es un partido popular, con muchas comillas, pero popular, y la política de Salinas es una política claramente antipopulista y sumamente liberal pero que no sería posible sin un cierto grado de control de la población urbana, ya sea de una forma directa, ya a través de aparatos de gobierno, como sucede en el caso mexicano.

Chile es en parte una excepción, pero no demasiado. La política liberal, exportadora, de los años 80, se sigue aplicando, y con el resultado muy positivo de estar creando poco a poco un grupo de empresarios. Chile era un país carente de empresarios, y ahora los tiene, no sólo en la producción agrícola, y especialmente pesquera, sino también en el sector del armamento. Esta política liberal

y exportadora está vinculada, además, con una política de redistribución social más seria que la brasileña o la argentina. Es decir, que en Chile existe una política populista con un aspecto popular combinada con una política liberal.

Este tipo de combinación, como se vio en Argentina y en Brasil, suele ser muy frágil y fracasar sin perder el apoyo político general. Pero ahí nos encontramos frente a nuestro problema: ¿existe otro camino? Los dos caminos descritos hasta ahora son negativos, porque suelen conducir al caos. El asunto es si existe una tercera vía. Y si es así, ¿en qué consiste? ¿Podemos nosotros hacer algo para aumentar las posibilidades de éxito de este tercer modelo?

En mi opinión, la respuesta a esta pregunta es sencilla y elemental, porque obviamente no hay una solución al margen de las condiciones básicas de lo que llamamos desarrollo económico. Estas condiciones básicas son tres: inversiones, redistribución social y un Estado fuerte con conciencia nacional y voluntad de desarrollo e integración a la vez.

Antes de preguntarnos si existe o no una tercera vía hay que preguntarse si en cada caso se dan o no estas condiciones básicas. En primer lugar, cuando la capacidad de inversión y la competitividad no existen, como en el caso argentino, esta es la prioridad absoluta. Mientras no exista no hay solución posible. En algunos países existe esa capacidad. En el pasado hubo países que la tuvieron, que ya han pasado esa prueba. Brasil posee una capacidad exportadora en casi todos los sectores. El éxito más destacado de los últimos años es Chile, que ya es un país muy exportador. También se ha logrado un progreso notable en Colombia. Y finalmente, de una manera muy especial, en México, por el desarrollo rápido de las empresas que trabajan desde México para el mercado norteamericano. Son ya varios los países que tienen resuelto el elemento número uno del desarrollo.

En cuanto al elemento número dos, ¿tienen o no

esos países resuelto ese problema, el de la redistribución, la participación social? En el momento actual la respuesta es no, con una excepción: México. México es un país en el que el nivel de vida ha bajado mucho, por eso es una excepción con limitaciones. Colombia está desorganizada. El único país que ha tomado medidas positivas, todavía incipientes, pero medidas al fin y al cabo, es Chile, gracias en especial a su fiscalidad orientada a hacer pagar más impuestos a la gente más rica. Como todos sabemos, América Latina es el continente en el cual los ricos, por lo general, no pagan impuestos. En Chile pagaban muy poco; ahora van a pagar más y el Estado va a poder empezar a hablar de una política de vivienda, de escuelas, de hospitales. Todo esto no tiene el menor sentido si no se pagan impuestos, porque entonces el Estado carece de recursos. El gobierno chileno, el gobierno democrático, por supuesto, por primera vez va a tener la posibilidad de desarrollar una política social, si entretanto no se produce una catástrofe económica. Pero con esa excepción -limitada, quiero insistir en ello- no hay solución para América Latina en su conjunto si no hay una ruptura con el sistema de desigualdades sociales que sigue aumentando.

El peso de la deuda

Mucha gente habla del peso de la deuda. Es importante. Pero supongamos que se suprimen las deudas. No creo que la situación mejorara necesariamente. La fuga de capitales aumentaría mucho, como ocurrió en Venezuela, o en Argentina, donde los tercios de la deuda corresponden a capitales exportados. Francamente, no veo por qué el empleado europeo tendría que pagar las inversiones de los ricos argentinos en Florida o Texas. No me parece obvio. Si América Latina en su conjunto espera volver al sistema populista de distribución dentro de un marco de grandes desigualdades, se encamina al caos y a la catástrofe. Tras la creación de núcleos empresariales capaces de hacer producir de forma competitiva, el segundo elemento sin el cual no hay desarrollo posible es la disminución de las desigualdades y de las distancias sociales.

Durante un período, especialmente en Brasil y México, el aumento de las desigualdades sociales tuvo efectos positivos, porque creó un mercado interno para bienes duraderos. Permitió al 10 por ciento de la población comprarse un auto y así se creó una industria automovilística. Pero ahora se está achicando el mundo de los ricos, que son cada vez menos numerosos y más ricos, y eso se transforma cada vez menos en un incentivo a la industrialización. Tomando un ejemplo no económico, sino cultural, lo que caracteriza a América Latina en el terreno educativo es que los créditos, no sólo los públicos, sino también, por supuesto, los privados, van cada vez más a la educación superior y cada vez menos a la secundaria y todavía menos a la primaria. De tal manera que en el momento actual la política educativa tiene efectos negativos en cuanto a la redistribución de la cultura. Eso es tan cierto que en el caso chileno se puede mantener la idea de que la política del gobierno militar en contra de las universidades no tuvo, en términos de desigualdad de oportunidades, efectos negativos, sino todo lo contrario.

El juicio sería más limitado en cuanto a la política sanitaria, que en muchos países no tiene grandes efectos redistributivos, pero que en general no tiene los mismos efectos negativos que la política educativa. Es obvio que la política de vivienda favorece, como es notorio, la especulación inmobiliaria. Las ciudades latinoamericanas tienen barrios ricos mucho más ricos que las grandes ciudades europeas e incluso norteamericanas. En Latinoamérica no hay política de vivienda popular. Hay tugurios y hay palacetes.

Así pues, es preciso instrumentar una política de alfabetización y una política de enseñanza primaria, lo cual, subsidiariamente, también permitiría a los maestros comer de vez en cuando. Hay que construir, en segundo lugar, un sistema de seguros sociales y hospitales públicos. Edificar viviendas populares y garantizar un mínimo de seguridad social para recursos y redistribución. No creo en la posibilidad de un desarrollo económico del continente dentro del marco de las desigualdades actuales.

Algunos economistas han hecho una comparación entre los países del Extremo Oriente y de América Latina. Entre el 20 por ciento de los más ricos y el 20 por ciento de los pobres de Japón o Corea, la proporción de ingresos es de cuatro a uno. En Estados Unidos o Francia la proporción es de diez a uno. En Brasil, campeón del mundo en desigualdades sociales, de 35 a uno, y cada año aumenta algo. ¿Será posible realizar una industrialización si no existe un mercado interno suficiente?

Tercer elemento, el Estado. Es el problema más difícil de resolver en algunos países. Brasil era tal vez el único país latinoamericano que tenía una conciencia estatal muy fuerte, derivada de una tradición portuguesa. En muy pocos años, Brasil ha perdido su Estado. La capacidad técnica de los funcionarios y de las empresas públicas brasileñas, que en muchas ocasiones tenían un nivel altísimo, ha disminuido drásticamente. Por el contrario, en algunos países la situación o mejora o es ya muy buena. Argentina nunca tuvo Estado y yo creo que esa palabra ni siquiera existe en el diccionario político argentino. Pero un país como Chile, por ejemplo, tiene una administración pública, universidades y escuelas técnicas, la formación de profesionales es una vieja tradición en aquel país, y posee un excelente nivel, las estadísticas son impecables, y existe un espíritu de transformación en los intelectuales y los expertos.

El papel de Europa

Muchos europeos se preguntan por qué no hay más inversiones europeas en países como Chile o México. Hay varias razones que explican por qué no se da satisfacción a ese voluntarismo europeo de resolver los problemas económicos de América Latina con una ayuda económica masiva. Se trata de dos razones opuestas, que son los hábitos del dinero y del humanismo. Por un lado, el capital atrae al capital, y por otro, la caridad sólo se ejerce con los más pobres. Los latinoamericanos no son ni lo bastante ricos ni lo bastante pobres para atraer la atención de los europeos. La inmensa mayoría de las empresas europeas occidentales desarrollan sus actividades en Eu-

ropa Occidental. Las más poderosas se han propuesto conquistar Estados Unidos, y Japón. Latinoamérica y Europa del Este son pequeños mercados con demasiada inestabilidad como para que la Mercedes Benz se fije en ellos.

En el terreno político y moral, los europeos y norteamericanos se movilizan con más facilidad que las grandes empresas, pero les conmueve más la gran miseria que hay en Africa. Con frecuencia se oye mencionar a América Latina como un Continente de miseria, pero eso no es cierto. Miseria hay, como la había en la España de los años cincuenta, pero no sólo hay miseria. También hay un idioma, una cultura, y tanto el lenguaje financista como el moralista tienden a destruir cualquier referencia a la capacidad de acción de la gente. Los latinoamericanos, como ya están demostrando al comenzar un proceso de democratización, tienen una capacidad de reacción más grande de lo que se cree. Este es el único recurso que cuenta frente a una situación económica difícil.

Lo que se entiende por ayuda económica debe significar disminuir el flujo de capitales que sale del continente, y eso es un objetivo muy importante, no sólo disminuirlo, sino también convertirlo en un flujo contrario. Esto ya se da en el caso de Chile, incluso a través del Fondo Monetario Internacional. El problema es que existe una enorme diferencia entre unos países y otros en la hora actual de Latinoamérica.

No comparto las visiones más pesimistas sobre las posibilidades reales que tiene Europa de ayudar efectivamente a América Latina. Frente a enormes, aplastantes dificultades, prefiero pensar que la capacidad política de los países de Latinoamérica está aumentando a pesar de todo.

En cuanto a la idea de que la solución tiene que venir desde afuera, creo que encierra el peligro de que volvamos a una situación de extrema diferencia. La gente que habla de ayuda termina por exigir una política extremadamente liberal, lo que significa aumento de las de-

sigualdades. Nadie ha ayudado tanto como Estados Unidos y los bancos norteamericanos se han enriquecido con esta ayuda. También poco veo por qué Europa habría de cambiar su actitud actual y mostrarse lista para realizar su esfuerzo excepcional en ayuda de un continente en el que los ricos son demasiado ricos y los pobres están demasiado marginados para poder ser incorporados al proceso productivo en una economía moderna. El aumento de la capacidad interna de acción es, se mire como se mire, el factor estratégico fundamental.

La otra alternativa posible es la incorporación creciente al mercado norteamericano. El 70 por ciento del comercio de América Latina se realiza con Estados Unidos. Si se da prioridad a la solución económica, eso significa elegir la opción norteamericana. Si los europeos tenemos cierta posibilidad de intervenir, de tener cierta influencia, es a través de los lazos culturales, en la búsqueda de un modelo político válido.

Aún se oyen muchas opiniones en el sentido de que América Latina tiene que recuperar su independencia nacional. A mi modo de ver, es un error considerar que los países latinoamericanos no son independientes. Son países independientes, lo que no quiere decir que no sufran presiones para diseñar una política autónoma. Estas presiones existen, y no son siempre en la misma dirección. Estados Unidos fue primero contra Allende y después contra Pinochet. Sería un error grave pensar que porque están tan cerca de Estados Unidos y, al tiempo, tan lejos de ellos, no tienen capacidad política. Eso sería volver de nuevo al viejo pensamiento latinoamericano. Todo aquello acerca de que «esa pobre gente no puede hacer nada», «hay que llorar con ellos» y cosas por el estilo.

El factor político es el factor estratégico clave en el despertar de América Latina. De él depende el resultado de las inversiones, incluso la capacidad de reinvertir. El factor político significa recomponer las relaciones entre los actores sociales, sus negociaciones y conflictos. Eso supone que existan actores sociales, capacidad de mediación y la conciencia nacional necesaria para integrar diversos intereses e ideas.

La actual crisis latinoamericana es una crisis derivada de la ausencia de modelo político y de la presión de los antiguos modelos. Los problemas económicos y sociales que afronta Latinoamérica en la actualidad, pese a ser muy graves, son problemas que pueden ser, si no resueltos, sí por lo menos aliviados. La condición previa para ello es recuperar la capacidad de acción política.

COPPPAL. Año 2. Número 8.
Col. San Angel Inn. México, D. F. Pp. 16-23.

